

UNA ESPERANZA PARA MIGUEL**María de los Ángeles Coza Pérez****Miguel**

El reloj daba las once de la mañana en un día de primavera, cuando un llanto vibrante se escuchó al fin; todo se estaba desarrollando bien, y Miguel había llegado en la fecha prevista, su cuerpo era pequeño y blandito, de un color blanco casi transparente.

En la proximidad desprendía un olor muy especial, como a vainilla de flan recién hecho, el pelo que cubría su cabecita era rubio, fino y suave, tanto que la caricia se desprendía de la mano casi de forma inmediata, como un reflejo irreprimible.

Los bracitos y piernas tan diminutos se movían de forma desacompañada, y sus ojos azulados apenas se abrían un instante, permanecían cerrados igual que cortinitas que no quisieran dejar entrar la luz, como si ésta se empeñara en perturbar su sueño y él se resistiera a ello.

Asun

Los ojos de Asun tenían un brillo especial, su boca reflejaba una sonrisa satisfecha y su cara se iluminaba de alegría, no podía resistir volcar continuamente la vista en él, buscando cualquier detalle, grabando sus movimientos, ruiditos, balbuceos, escudriñando cualquier cosa que pudiera incomodarlo.

Qué frágil parecía aquel cuerpecito y qué misterio encerraba cada uno de sus pequeños huesos apenas recién formados, sus músculos que se abrían poco a poco con cada movimiento y esos ojitos que seguían cerrados recordando la oscuridad que hasta pocos días antes lo habían acompañado en su seno.

En el pensamiento de Asun fluían frases de un diálogo imaginario, aunque no le pudiera responder, era suficiente el verlo en sus brazos, para que su monólogo obtuviera respuesta, y le hablaba bajito:

- Mi niño! ¡qué chiquito!... La abuela te ha traído un pijama, pero... ¡qué grande! Para esos bracitos, sobran mangas como para dos... y los calcetines se salen continuamente, tengo que revisarlos a menudo, ¡no vayas a coger frío!

La preocupación a veces la superaba, ahora que había vuelto a casa, a solas, se veían las cosas diferentes, menos mal que pronto llegaría Raúl para compartir esas dudas que la asaltaban, los cuidados más inmediatos, si se estaría alimentando bien, si lloraba, ¿que pasaría? ... de pronto se escuchó la cerradura, lomiró y le susurró: "¡Ya ha llegado papá!".

Raúl

La estancia permanecía en penumbra y la figura de Raúl se adivinaba en la entrada, su complexión fuerte apareció lentamente como si quisiera que el silencio que reinaba en ese instante no se distorsionara, entró en la habitación y dirigió una mirada a la silueta maternal de Asun, tenía a Miguel en sus brazos en actitud de protección, y respiró aliviado, el pequeño parecía tranquilo, algunas noches la inquietud de los primeros días adaptándose al mundo que lo había recibido les dejaba sin descanso, y respirar esa calma era como un volver en el tiempo.

Sabía sin embargo que la tranquilidad perdida, aunque a veces hiciera mella y se dejara notar, merecía la pena... ¡todo lo olvidaba al contemplarle!

Con este pensamiento se acercó a los dos y los besó con ternura.

En su cabeza, seguía dando vueltas la idea del cambio al que tenían que adaptarse y que a pesar de lo que habían hablado él y Asun, parecía haberse instaurado en sus vidas como un torbellino desconcertante, entre la satisfacción y la intranquilidad... ¿cómo encontrar palabras para definirlo!, pero ambas afirmaciones por, contradictorias que parecieran, reflejaban lo que en su cabeza seguía danzando, y eran invitaciones inexcusables para el camino que se abría ante ellos y que juntos iban a recorrer.

El tiempo

Asun y Raúl sentían que el tiempo pasaba tan rápido que apenas podían pensarlo... anteriormente no habían reparado en ello, pero desde que nació Miguel, cobraba otra dimensión, los días y meses parecían volar en un contexto diferente, él crecía de forma rápida, los controles de rigor parecían seguir un buen camino, y la ilusión a flor de piel del primer año se les escapaba más aprisa de lo que les hubiera gustado.

Hacían acopio de memoria, querían retener cada instante, casi fotografiarlo en su cabeza para después comentarlo y algún día poderlo también compartir con Miguel.

El día a día se resumía en pequeños acontecimientos que les hacían disfrutar traducido en un futuro de primeros dientes, primeras palabras, gateo, primeros pasos...

Antes de que se dieran cuenta estaría en la guardería, en el cole...; a Asun le preocupaba especialmente ese momento. El pensar en separarse, aunque fuera por poco tiempo, le costaba, pero la vuelta al trabajo, el retorno de la normalidad sin ser nada igual... habría que buscar lo más adecuado en esas horas de ausencia.

Raúl y ella hablaban siempre que podían al respecto, el tiempo no les sobraba, hasta ahora todo iba de la mano con la presencia de los dos, pero había que planificar la nueva situación que se avecinaba.

Un nuevo cambio...en el que el tiempo volvería a ser protagonista.

Las abuelas y el abu Paco

Pilar llamaba a su hija casi a diario, le gustaba escuchar su voz e intentar calmarla en los momentos que parecía más agobiada, a veces le proponía ser ella o Ana, la madre de Raúl, las que cuidaran de Miguel por algunas horas, ya fuera en ausencia de éste o para que ambos se perdieran en un improvisado recreo.

En otras ocasiones era la misma Asun la que se lo pedía.

Su marido, Paco, también era partícipe en compartir esas horas con su nieto y su imaginación, iba algo más lejos que la de ella, pensando en que cuando Miguel creciera, le contaría un montón de historias, ahora ya se aplicaba con algún cuento, y el pequeño parecía casi que lo entendiera al poner aquellos ojitos vivarachos.

También se venía entrenando para futuros juegos, no en vano en su juventud había sido un prolijo deportista con alguna que otra medalla y copa de latón que guardaba en algún rincón... ¡ya las desempolvaría! para enseñárselas a su nieto y contar aquellas hazañas de las que Pilar se reía, por entender que no eran más que anécdotas en el tiempo.

El cole... El trabajo

Casi no podía creerlo, Asun había sido testigo privilegiado de cómo Miguel se había marchado sin volver la cara hacia ella, la escena la repetía en su memoria entre extrañada y feliz, sin poder creer que su hijo no hubiera recurrido al chantaje de sus ojillos vidriosos para pedir a su madre que no le “abandonara” a merced de gritos... empujones, de otros niños y niñas que al igual que él, a modo de tropel, iban hacia la puerta de acceso al cole sin apenas mirar hacia atrás.

Pensaba en la cara de Raúl cuando se lo comentara, pero ahora tenía que apresurarse, la hora se le echaba encima, el trabajo la aguardaba.

Hacía ya algún tiempo de su retorno y sus compañeros y compañeras la habían recibido con muestras de cariño y comprensión, pero su sentido de la responsabilidad la guiaba hacía un cumplimiento del deber como siempre lo había hecho.

Ahora en cambio se duplicaba todo al tener que volver a casa y seguir... a pesar de contar con Raúl, pensaba continuamente en el futuro inmediato que se cernía sobre ella, y necesitaba planificar y controlar el ciclón en el que se veía a veces envuelta, no quería que se le escapara el más mínimo detalle, necesitaba sentirse dueña de la situación.

Carmen, la seño...

Parecía que el colegio se iba convirtiendo en un aliciente diario.

Asun vislumbraba algo de asentimiento en el comportamiento de Miguel, los días de gritar y resistirse al entrar se iban moderando aunque a veces volvían a sucederse, como un retroceso, pero ¿qué niño no ha experimentado ese sentimiento alguna vez? Pensaba que poco a poco desaparecería, por eso se sintió feliz la mañana que lo dejó en el cole y notó que apenas si volvió su cara.

Aquella mañana tenía que volver al colegio, le resultó extraño que la profesora los llamara y concertara una cita para hablar con ellos en la hora del recreo.

Tal como habían quedado, se encontró con Raúl a las once en la puerta y Carmen, la profesora, ya les esperaba. Después del saludo comenzó a exponer de forma directa el motivo de la cita. No les quería alarmar, quería constatar con ellos el comportamiento de Miguel en casa, la actitud en clase le parecía extraña.

- Aún es muy pequeño –comentó–, tiene que crecer. En esta etapa infantil los niños y niñas juegan, discuten, se pelean, pero Miguel se aislaba en ocasiones, y en muchas otras casi rehuía a sus compañeros.

Asun y Raúl se miraron, habían notado que su hijo era poco expresivo y huidizo cuando ellos le mostraban su cariño deshaciéndose en besos y achuchones, pero no le habían dado importancia. Se despidieron de Carmen agradeciendo su atención, la comunicación entre los tres quedaba abierta en un hilo conductor llamado Miguel.

Javier, el pediatra...

No era un amigo al uso, Javier fue compañero de Raúl en el instituto y en el equipo de fútbol en el que jugaron hasta la Universidad.

Cuando nació Miguel, les había salvado de muchas pequeñas dudas de las que surgen continuamente, una vez más le consultarían, era un buen profesional y además de confianza.

Les recibió en seguida, ellos fueron directos al grano, no querían dilatarse con conjeturas inútiles. Miguel no opuso resistencia, Javier le era familiar y a pesar de su recato se dejó tocar e inspeccionar.

El resultado no parecía tan inminente como ellos esperaban, habría que hacer más pruebas y comprobaciones, pero la mirada de Miguel y sus reflejos hablaban por sí solos, existía algo difícil de etiquetar que baila en la fina línea entre lo que entendemos como normal y lo que no lo es.

Javier les intentó tranquilizar, su voz cálida les dio sosiego... Miguel necesitaría ayuda en su vida para que su desarrollo fuera completo, pero el amor es una gran llave, inmensa, y el compromiso hacia Miguel, infinito.

¿Qué tiene Miguel?

Las pruebas que se sucedieron confirmaban lo que les había dicho Javier: una variante de autismo, la palabra sonaba extraña como cuando te dicen algo que te resulta lejano, algo que les puede pasar a los demás y a ti no te alcanza.

A Asun la mareaban tantos tecnicismos refiriéndose a Miguel: dificultad en la cognición social, déficit en la función ejecutiva y en el desarrollo de la comunicación, falta de motivación para el aprendizaje; ¿cómo resolverían todo aquello? Les había llegado como un golpe inesperado y el coger las riendas de algo desconocido hasta entonces les resultaría una dura y ardua tarea.

Contaban con el apoyo de sus padres, de Carmen en el colegio, de Javier como piloto para marcar los pasos de a quién preguntar y dónde acudir.

Las fuerzas parecían flaquear, pero ella y Raúl no podían permitírselo, el futuro de Miguel dependía de ello. Miguel, el hilo conductor que guía y sigue guiando el camino.

Hoy y en el futuro...

Asun y Raúl saben del camino que Miguel tiene por delante, han aprendido a considerarlo, se ha convertido en su compañero.

Cualquier instante es aprovechado para conversar y seguir aprendiendo.

A pesar de la preocupación, saben que la ayuda de hoy para su hijo tiene que ir unida a hechos diarios como entender, conocer y asimilar otra forma de ver las cosas y hacérselas comprender a los demás; todo lo que hoy se consiga, podrá ser desgranado en el futuro por él mismo.

Desde aquí y desde este instante cualquier idea que sirva para ello es bien acogida y las respuestas a sus múltiples preguntas van llegando aunque poco a poco, por eso inscribieron a Miguel en el equipo del cole.

Sigue costando que él entienda lo importante que es ¡cómo explicarle la herramienta tan útil que resulta el deporte para su integración!, lo que puede significar en su aprendizaje... A veces refunfuña y muestra su desagrado, pero otras sin darse cuenta esboza una sonrisa cada vez que consigue llegar al balón aunque sea solo de refilón y el hurra de sus compañeros y compañeras hace que levante tímidamente los dedos en señal de victoria.

Puede que le siga costando, o no, que forme parte en alguna competición o juego, pensarlo ahora puede resultar prematuro, pero el esfuerzo por complicado que parezca merece la pena y es parte de la esperanza de Miguel.